

MIQUEL AMORÓS

Los Amigos de Durruti  
en la Revolución española

## ÍNDICE

- I. SOCIALISMO O FASCISMO, 9
- II. REVOLUCIÓN O GUERRA, 27
- III. LA CONTRARREVOLUCIÓN EN MARCHA, 45
- IV. LOS AMIGOS DE DURRUTI, 65
- V. A LAS BARRICADAS, 83
- VI. LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA, 105
- VII. EL GOBIERNO DE LA CONTRARREVOLUCIÓN, 129
- VIII. EL DESARME Y LA REPRESIÓN DESATADA, 149
- IX. RENUNCIAMOS A TODO MENOS AL GOBIERNO, 173
- X. ENTRE EL FASCISMO NEGRO Y EL FASCISMO ROJO, 197
- XI. UN ESTADO DE EXCEPCIÓN BURGUÉS, 221
- XII. HACIA UNA NUEVA REVOLUCIÓN, 243
- XIII. LOS ÚLTIMOS ESTERTORES REVOLUCIONARIOS, 263
- XIV. JALONES DE DERROTA, 285

*Francia como Estado está perdida. Ya no puede salvarse por medios regulares y administrativos. Ahora toca a la Francia natural, a la Francia del pueblo, el entrar en la escena de la historia para salvar su libertad y la libertad de Europa entera mediante una sublevación inmensa, espontánea, totalmente popular, fuera de toda organización oficial, lejos de cualquier centralización gubernamental. Y así Francia, al expulsar de su territorio a los ejércitos del rey de Prusia, simultáneamente liberará a todos los pueblos de Europa y llevará a cabo la emancipación del proletariado.*

Mijaíl Bakunin,  
*Cartas a un francés sobre la crisis actual*  
(1870)

# EL AMIGO DEL PUEBLO

PORTAVOZ DE LOS AMIGOS DE DURRUTI

No 1 - Núm 1

Redacción y Administración: Rambla de las Flores, 1, 1.º - Teléfono 18,721

20 céntimos

## I. SOCIALISMO O FASCISMO

**L**A CRISIS MUNDIAL DEL capitalismo subió de nivel en octubre de 1929 a consecuencia del hundimiento de la Bolsa en Estados Unidos, que repercutió en una multitud de países, deteriorando seriamente su economía. El capitalismo español, fundamentalmente agrario y financiero, ya tenía sus propios problemas derivados, primero, de una atrofia productiva y comercial perjudicial para la burguesía urbana, grande y pequeña, y segundo, de un crecimiento desproporcionado del aparato estatal que había dado lugar a un monstruo parasitario y represor. En España, la posteriormente denominada Gran Depresión no hizo más que añadir a los efectos devastadores de la crisis general —paro, caída de inversiones y beneficios, disminución de ingresos fiscales, salarios a la baja, subida del precio de los alimentos— los propios de una economía retrógrada y estancada con una Iglesia al servicio del poder secular sancionando religiosamente la tremenda desigualdad social y los privilegios de los grandes propietarios y piratas de los negocios. La miseria, opresión y persecución infame de militantes obreros agudizaba la lucha de clases, forzando a la clase dominante a quemar etapas con rapidez. Fracasada la Dictadura de Primo de Rivera, la burguesía dejó caer la monarquía y jugó la carta de la República, tratando de mantener el *statu quo* mediante una alianza entre su sector liberal y la parte reformista del movimiento obrero. La tímida política republicana de reformas fue suficiente para levantar contra ella a la Iglesia y a los terratenientes, y la represión de las huelgas hizo lo propio con los trabajadores. Las insurrecciones proletarias fracasaron, y el gobierno de la República cayó en manos de partidos mucho más predispuestos a recurrir a las fuerzas armadas. El ejército figuraba como elemento principal en todos planes del sector burgués derechista. Después de la revolución asturiana, se barajaba abiertamente dentro del Gobierno la

opción de una dictadura encabezada por un general que retrotrajese la situación a tiempos monárquicos. Paralelamente, notorios líderes de la reacción viajaban de continuo a Roma y Berlín, donde recababan apoyo diplomático y financiero para la conspiración antiliberal. Con las cárceles llenas de militantes obreros y los locales sindicales clausurados, sin fuerzas para emprender una nueva ofensiva, la clase obrera se decantó por el apoyo, activo o pasivo, a las candidaturas del Frente Popular, a pesar de que la renovada coalición entre las clases burguesas liberales y los partidos obreristas no planteaba más que el retorno irreal a la línea programática de 1931. Todo el mundo sabía que un triunfo del Frente no resolvería nada; antes bien precipitaría la lucha final entre las facciones antiparlamentarias y clericales de la burguesía, mayoritarias, y el proletariado lastrado por una pequeña burguesía presa del pánico, pero que, a pesar de todo, no se había adherido al fascismo.

En toda Europa, el agotamiento del capitalismo y la ineficacia de las medidas represivas habituales apuntaban a desenlaces sangrientos y totalitarios. El derrumbe de la economía de mercado y una probable radicalización proletaria volvían obsoletas las formas políticas parlamentarias. El fascismo era una contrarrevolución preventiva, la respuesta político-social de las clases dirigentes a la crisis internacional y a la amenaza revolucionaria, mediante la cual estas buscaban aplastar al movimiento obrero y conquistar países indefensos con el fin de construir una zona de influencia que permitiera una expansión económica suficiente. Los imperialismos alemán e italiano entraban así en competencia con los viejos imperialismos inglés y francés, lo que a medio o incluso a corto plazo significaba la guerra. A todos estos factores venía a sumarse uno nuevo: el imperialismo ruso. Producto de una contrarrevolución triunfante que había liquidado por la derecha y por la izquierda, por dentro y por fuera, y a cualquier nivel, a toda fuerza política independiente, el régimen bolchevique había alumbrado una nueva clase dirigente, la burocracia comunista, que cumplía con creces la misión histórica de la extinta burguesía rusa, es decir, la acumulación primitiva de capital y la proletarización de las masas campesinas. La maquinaria represiva del Estado fue el instrumento idóneo para la apropiación total del producto agrícola, gracias a la cual se llevó a efecto la industrialización terrorista del país, a base de mano de obra esclava, monolitismo absoluto, dogmatización furibunda de la doctrina marxista-leninista y deificación de la figura del líder máximo. En fin, un nuevo imperialismo, mezcla de despotismo oriental, terror policial y fundamentalismo ideológico, que además osaba denominarse «socialismo», completaba el tablero geopolítico dentro del cual la crisis española iba a desenvolverse.

En España no habían prosperado los partidos estrictamente fascistas, pero en contrapartida, la burguesía disponía del ejército, que constituía un verdadero partido, con una oficialidad sobredimensionada, descontenta y poseedora de una mentalidad mayoritariamente monárquica y clerical. El Frente Popular frustraba sus expectativas y al conceder la amnistía a los presos sindicalistas abría la puerta a un movimiento obrero que exigía su depuración. El pronunciamiento era cosa de semanas; los planes golpistas se pusieron en marcha. A partir de febrero de 1936, todo el mundo, incluso los que no querían ver nada, esperaba de un momento a otro un golpe de Estado que entronizase una dictadura brutal consagrada por el clero. Las organizaciones filofascistas fomentaban incidentes a diario con vistas a crear una atmósfera que justificara desde el exterior una rebelión militar. Tampoco la clase obrera podía confiar otra vez en un gobierno del término medio, entre la reacción y la democracia burguesa, incapaz de hallar una salida reformista a la crisis. En su interior sabía que no era más que un paréntesis necesario para agrupar fuerzas, redoblar la moral y lanzarse al asalto. Desde las páginas de *Solidaridad Obrera* se decía rotundamente: «Y si nos circunscribimos a respaldar a los pequeños burgueses, eternizaremos el régimen que nos oprime. Solo queda una salida. La irrupción del proletariado en la escena española con fisonomía y decisiones propias».<sup>1</sup> La línea divisoria entre la burguesía y el proletariado ya había quedado trazada. De no intervenir este con rapidez y resolución, no solo el régimen republicano sucumbiría, sino que el propio movimiento obrero quedaría aniquilado. Los oradores confederales y anarquistas no se cansaban de anunciar en mítines que tras las elecciones habría que escoger entre el fascismo y la revolución, y en Cataluña, donde eran la fuerza hegemónica, se preparaban seriamente para aquella. Cuando se produjo la sublevación militar fascista sonó la hora del proletariado.

Así pensaba Jaime Balius, el gran popularizador de esa consigna. Era el prototipo de periodista revolucionario, que había forjado su pluma en *Tierra y Libertad*, órgano catalán de la FAI, para pasar después por *Solidaridad Obrera*, CNT y otras publicaciones libertarias. Desde junio de 1936 formaba parte de la nueva redacción de la *Soli* que dirigía por mandato de un reciente pleno regional el conocido anarquista Liberto Callejas. El 19 de julio, mientras Barcelona se poblaba de barricadas y empezaba el tiroteo entre los trabajadores y la tropa, Balius y Alejandro Gilabert se instalaban en los locales de *Solidaridad Obrera* y confeccionaban ellos solos los primeros ejemplares,

---

1 «Ante el fracaso de la pequeña burguesía, debe intervenir enérgicamente el proletariado», *Solidaridad Obrera*, 5-05-1936.

hojas dobladas con cuatro páginas, distribuyéndolos en los lugares de combate. En el número extraordinario y gratuito repartido el 20 de julio dejaron constancia del momento:

*¡La CNT y la FAI están en todas partes! Las iniciales de la CNT y la FAI se han impuesto como consigna revolucionaria y se pintan en las carrocerías de los coches requisados.*

*En las jornadas revolucionarias que han comenzado el 19 de julio de 1936, hemos sido testigos de un espectáculo que nos ha entusiasmado enormemente.*

*A pesar de nuestros detractores, la CNT y la FAI se han impuesto. No hay más consigna que la nuestra.*

*Todos los partidos y todas las organizaciones inscriben nuestras siglas en sus vehículos. Uno de los casos más curiosos es el ver a la Esquerra Republicana de Catalunya mezclar las iniciales de su partido con las gloriosas iniciales de la CNT y la FAI.*

*Está claramente demostrado que la CNT y la FAI son las organizaciones que interpretan más fielmente el pensamiento y las aspiraciones del proletariado español, y que incluso los partidos pequeño-burgueses se ven obligado a respetarlas.<sup>2</sup>*

Lograda la victoria, la CNT decidía colaborar con las demás fuerzas antifascistas en la lucha contra los facciosos y aparcar sus propios proyectos revolucionarios. Se creó el Comité Central de Milicias Antifascistas que acaparaba todo el poder, pero el Govern de la Generalitat no fue disuelto. Sin embargo, la mayoría del proletariado libertario no pensaba igual. La respuesta al golpe de Estado había abierto las puertas a la revolución que bien pronto se manifestó en la reorganización de la vida social. Esta partía de bases nuevas. Por todas partes —en fábricas, barriadas, milicias, pueblos— surgían comités obreros y campesinos que reclutaban voluntarios para las milicias, a la vez que se hacían cargo del orden y del abastecimiento, incautaban, distribuían e impartían justicia. Para circular por Cataluña era necesaria una autorización de la CNT. Las Juntas administrativas de los Sindicatos estaban inmersas en una actividad organizadora febril; plenos y reuniones se sucedían unos a otros, con multitud de asuntos que tratar de manera inmediata. La mayoría de la militancia quería implantar el comunismo libertario. Las milicias llegaban a campo abierto sin preparación ni experiencia, e incluso sin armas, improvisando sobre la marcha respuestas a las innumerables cuestiones militares y revolucionarias que se presentaban. La redacción de la *Sol* marcaba las distancias con el Gobierno, sin recursos militares suficientes para arrebatar el triunfo a los obreros: «¿Pretenderán los ministros y exministros, los colaboradores del ejército traidor, administrar la victoria que ha conseguido el proletariado con uniforme y sin uniforme? Que lo intenten. El

---

<sup>2</sup> El número es inencontrable pero el extracto citado figura en el boletín *Service d'Information*, edición en francés hecha en la Casa CNT-FAI, Barcelona, 24-07-1936, en los Archivos de la CNT del IISC de Ámsterdam.

*proletariado sabrá estar en la calle armas al brazo».*<sup>3</sup> No obstante, el Pleno Regional de Locales y Comarcales de Sindicatos llamaba a acabar con la huelga general de acuerdo con el Comité de Milicias, y ratificaba su posición colaboracionista decidida cuatro días antes, saliendo al paso de «la impaciencia» de muchos militantes. El objetivo único de la Confederación era aplastar el fascismo y nada más: «*Hoy por hoy no hay más problema para el proletariado, no hay más enemigo para el pueblo, que el fascismo sublevado. Contra él todas las energías para aplastarlo; hay que converger con todas las organizaciones coincidentes en su aniquilación. Que nadie vaya más allá. Que nadie tergiversar la actuación a seguir [...]. Hoy por hoy contra el fascismo, solo contra el fascismo que domina media España [...]. En consecuencia nadie está autorizado, ni se debe atender, para lanzar otras consignas ni enfocar el movimiento de otra forma [...]. Hay un Comité de Milicias Antifascistas y un apéndice suyo denominado Comisión de Abastos. Todos tenemos el deber de acatar sus consignas, forma de regular las cosas en todos los órdenes».*<sup>4</sup> El «ir a por el todo» era la opción mayoritaria en Cataluña, pero en Madrid, con predominio socialista y comunista, el Comité Nacional de la CNT veía las cosas de otra manera. El Comité Regional de Levante, también. En una reunión de urgencia, el secretario David Antona criticó la postura catalana por no tener en cuenta «*la situación de inferioridad de otras regionales»* relatando «*la visita de diversos barcos extranjeros al puerto de Barcelona, señalando lo peligroso que representaría el que en Barcelona y otras localidades se pretendiera ir a por todo»*. La situación del resto de España «*no es la que pudieran suponer los compañeros catalanes»*, por lo que «*Cataluña debe enmarcarse en las necesidades de tipo nacional»*, es decir, debía atemperar las ansias de revolución. El Pleno Nacional del 4 de agosto no fue más allá.<sup>5</sup> El problema se desplazaba de las capitales liberadas al frente de batalla, pero al mismo tiempo se afirmaba el comienzo de «un nuevo capítulo de la historia», se procedía a incautar las fábricas abandonadas por sus patronos y se hablaba claramente de abolir la propiedad privada mediante la «estructuración de un régimen de producción y distribución» sin clases privilegiadas. El editorial del 1 de agosto anunciaba «el instante de las concreciones revolucionarias» y de la «obligación de iniciar una nueva era proletaria». La cúpula de la CNT trataba de encauzar las iniciativas socializantes de las barriadas y los sindicatos creando un Comité Central de Abastos y un Consejo de Economía en los que participaban todas las organizaciones antifascistas. Del

---

3 «La victoria es de los trabajadores», *Solidaridad Obrera*, 24-07-1936.

4 «La Confederación Regional de Cataluña celebró ayer su anunciado pleno», *Solidaridad Obrera*, 27-07-1936.

5 «Acta de la reunión del Comité Nacional celebrada el día 29 de julio de 1936» y «Acta del Pleno Nacional convocado por el Comité Nacional en Madrid el 4 de agosto de 1936», archivos de la CNT, en el IISC de Ámsterdam.

## II. REVOLUCIÓN O GUERRA

LA ENTRADA DE LA CNT en el gobierno tuvo un gran impacto en las filas anarquistas. Un pilar fundamental de la ideología se venía abajo, amenazando todo el edificio doctrinal. No hubo sin embargo una reacción airada contra semejante capitulación que transformaba la organización confederal en un partido político al uso. Sí la hubo en cambio ante la huida del Comité Nacional y los ministros de Madrid. La indignación de la regional del Centro y de los anarquistas levantinos fue suprema; Horacio Martínez Prieto fue acusado de cobardía y destituido nada más llegar a Valencia.<sup>33</sup> En el pleno inmediatamente posterior fue nombrado secretario Mariano Rodríguez Vázquez, que ya lo era del Comité Regional de la CRT de Cataluña. La situación era delicada, se estaba perdiendo la guerra y una desautorización desde la base tendría que cargar con la responsabilidad de una escisión de consecuencias más nefastas todavía para las conquistas revolucionarias. Era verdaderamente difícil elaborar una alternativa libertaria cuando todos los comités responsables abogaban por el gubernamentalismo. Así pues, hubo un repliegue de los radicales hacia los sindicatos, las barriadas, la colectivización y las milicias. Peirats, uno de ellos, va más lejos: «Creo, inclusive, que hubo una complicidad inconfesada en muchos militantes enemigos de la colaboración, quienes gritaban sus santas iras al mismo tiempo que dejaban hacer».<sup>34</sup> Lo cierto es que la serie de pasos contrarios a la acción directa y favorables a la colaboración con las

---

33 El 7 de noviembre, según Federica Montseny, «Biografía de Mariano R. Vázquez «Marianet»», *Cenit: Sociología, ciencia y literatura*, n.º 103, Julio de 1959. Horacio no se quedó en la calle, sino que fue recolocado en el Ministerio de Comercio. Ejerció de consejero del Comité Nacional, y de Marianet en particular, en numerosas ocasiones. Horacio dijo que presentó su «dimisión irrevocable» ante los insultos recibidos en un pleno «especial» celebrado el 18 de noviembre. Véase la hagiografía que le fabricó su hijo César Martínez, en *Los anarquistas españoles y el poder*, Editorial Ruedo Ibérico, París, 1972.

34 José Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española*, editado por primera vez en 1962. Reeditado por Júcar, Gijón, 1976.

instituciones estaban cavando un foso entre los representantes confederales y sus representados, mientras que la toma de decisiones emigraba con gran rapidez desde las asambleas de afiliados a los plenos restringidos de secretaríos regionales. Las urgencias de las primeras semanas habían dado al traste con el federalismo orgánico. Berneri lamentaba la existencia de «un proceso de bolchevización en el interior de la CNT, caracterizado por la posibilidad ahora menor por parte de los elementos de base, de hacer un control vigilante, activo y directo, sobre los elementos del hecho consumado, representantes de la Organización en el seno de los comités económicos y gubernamentales. Conciliar las “necesidades” de la guerra, con la “voluntad» de la revolución y las «aspiraciones” del anarquismo: he aquí el problema. Es necesario que este problema se resuelva. De él depende la victoria militar antifascista, la creación de una nueva economía, la libertad social de España, la valorización del pensamiento y de la acción de los anarquistas. Tres grandes cosas que merecen todos los sacrificios y que nos imponen el deber de la franqueza y el coraje de expresar entera y abiertamente todo nuestro pensamiento».<sup>35</sup> De la misma opinión era *L’Espagne Antifasciste*, primer órgano de la CNT en criticar el ministerialismo y sus consecuencias, fidelidad a los principios que forzó a los comités a retirarle los fondos y cerrarlo. Las decisiones empezaron a tomarse en plenos a puerta cerrada convocados mediante circulares con el orden del día establecido por un Comité Nacional especialmente hinchado. Unos pocos se encargaban de transmitir a los sindicatos las consignas elaboradas unilateralmente en la cúspide. Ni una sola de las decisiones importantes se tomaron después de debatirse en las reuniones sindicales: la CNT se había convertido sin apenas darse cuenta en una organización de elites cada vez más uniformes. El papeleo hizo necesario que la jerarquía comiteril incorporara un número considerable de personal administrativo, que acabó interviniendo en los plenos. El gasto de tamaño burocracia resultaba demasiado oneroso para la Organización, y no dejaría nunca de crecer. En resumen, la guerra civil había provocado la burocratización galopante del anarcosindicalismo, formando una capa social nueva con intereses diferentes y con frecuencia opuestos a los de las masas revolucionarias. Así cobra sentido la distinción que hacían los comunistas entre «buenos» anarquistas, los burócratas circunstancialistas partidarios de «dar la impresión de que el control no lo tenían los comités revolucionarios, sino el gobierno legal»,<sup>36</sup> y «malos» anarquistas, dispuestos a proseguir la revolución e implantar el comunismo libertario.

---

35 «Curva peligrosa ¡Cuidado!», Camillo Berneri, *Guerra di clase*, 5-II-1936, reproducido en *Entre la revolución y las trincheras*, compilación de nueve artículos editada por primera vez en 1946 en Toulouse.

36 Discurso de J. García Oliver, *Le Libertaire*, 24-06-1936, citado por B. Bolloten en *La Guerra Civil española*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

A principios de septiembre, Federica Montseny había pronunciado un discurso radiofónico en Madrid que era un verdadero alegato nacionalista. Reprochaba a los sublevados no ser patriotas ni auténticos españoles porque querían imponer una civilización mora: «*La España grande, la España productora, la España verdaderamente renovadora, la estamos haciendo nosotros, republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas, cuando trabajamos con el sudor de la frente; hacemos grande a España fabricando lo que se produce en otros mercados con nuestros propios productos, cosa que hasta ahora nunca se había hecho y nunca hubiera podido hacerse, prueba de un pueblo rico, fecundo y próspero [...]. Estamos unidos todos en el frente de la lucha, unidad sagrada, unidad magnífica que hace que desaparezcan todas las clases, todos los partidos políticos y todas las tendencias que antes nos separaban*». La revista *Révolution prolétarienne* comentaba los peligros de la política de «unión sagrada» entre clases y partidos, más propia del reformismo socialista o comunista.<sup>37</sup> El semanario confederal en lengua francesa, *L'Espagne Antifasciste*, del que Volin y André Prudhommeaux eran responsables, antes de que el anarquismo oficial se arrojara en brazos de su enemigo, había dado un toque sobre las consecuencias de las innovaciones tácticas: «*Parece que no han captado la importancia de las primeras desviaciones. ¿Es que piensan poder corregirlas rápidamente? Han olvidado claramente que en esa clase de asuntos solamente cuenta el primer paso que se da, que siempre es decisivo, que lejos de corregir los errores del día anterior les llevará a aumentarlos y multiplicarlos de acuerdo con la línea de conducta adoptada antes y con la que ya no se puede romper. Así caen prisioneros de las primeras decisiones y errores, y ya no pueden volver atrás*». <sup>38</sup> A tal tipo de críticas se le tachaba de malintencionado y a sus autores se les acusaba de agentes de la burguesía. El mayor ejemplo de filisteísmo burocrático lo dio un anarquista con reputación de extremista, Alejandro Gilabert:

*Algunos enemigos del anarquismo, disfrazados de camaradas, se empeñan ahora en hablarnos de principios, de tácticas y de ideas. Consideran ellos que el anarquismo se ha desviado de su trayectoria normal, transigiendo con la burguesía y renegando de sus principios antiestatales. Esta no está inspirada en muy sanas intenciones. Tiene un doble fondo que es preciso desenmascarar. Desde luego, el anarquismo en España ha sufrido un cambio de ruta. Ha ratificado todo lo que de negativo tenía. Cuando el anarquismo era un movimiento de oposición permanente, se explicaba que negara todo lo estatuido. Pero en España vivimos una circunstancia especial. Aquí hemos dejado de hacer oposición para convertirnos en fuerza determinante. El anarquismo más que negar, debe realizar. Los que realicen serán los que vencerán.*

37 L.Nicolas, «Premiers pas...», *Révolution prolétarienne*, n.º 230, 10-10-1936.

38 «Redressement nécessaire», *L'Espagne Antifasciste*, n.º 14, 24-10-1936.

*A los españoles no se nos puede exigir una posición negativa, clásica en el anarquismo internacional. Los momentos son demasiado graves para entretenernos mirando hacia fuera. ¿Hay algún ejemplo positivo, algún precedente eficaz del exterior que pueda servirnos de conducta? El anarquismo internacional pesa muy poco para dictar orientaciones al anarquismo español. Con orgullo hemos de manifestar que España debe servir de ejemplo a los anarquistas de todo el mundo [...] Los anarquistas tenemos la obligación y el deber de criticar y dirigir la guerra contra el fascismo y la revolución contra el capitalismo, no solamente desde abajo, desde la base, sino también asumiendo cargos de responsabilidad en los órganos que rigen los destinos del país».*<sup>39</sup>

Hay que precisar que los anarquistas y sindicalistas de Estado nunca lograron dirigir la guerra contra el fascismo y que su anticapitalismo fue volviéndose cada vez más aguado. Tampoco pudieron impedir que otros se adueñasen del poder efectivo y lo utilizaran contra las conquistas económicas de los trabajadores. A pesar de todo, la españolización del anarquismo que preconizaba Gilabert contagió con efectividad a una gran parte de los anarquistas del mundo, especialmente en Francia, Inglaterra y Argentina, de forma que como sus homólogos hispanos, fueron deslizándose por la pendiente conciliadora y acabaron autoliquidándose en su positividad.

Los dirigentes anarquistas habían renunciado a formar organismos revolucionarios unitarios para coordinar las milicias y crear un mando estratégico central que planificase las operaciones bélicas, puesto que confiaban en el Estado para realizar esas tareas, convencidos de que gracias a su leal participación convertiría a los delegados milicianos en respetadísimos jefes del Ejército regular, y les daría entrada en los estados mayores para formar parte de las grandes decisiones. En definitiva, el viraje gubernamental los había vuelto militaristas convencidos, lo cual iba a la contra del sentimiento generalizado de los voluntarios milicianos, poco dispuestos a convertirse en obedientes soldados. La resistencia desplegada fue formidable, y su derrota desmoralizó a las masas libertarias más que la entrada de la CNT en el gobierno. También repercutió en la prensa confederal y libertaria la inclinación de los Comités responsables por la línea única, cosa que suprimía el debate y la disidencia, convirtiendo los medios de expresión propios en simples órganos propagandistas de la política de la dirección. Liberto Callejas, director de la *Soli*, lo dijo claro: «*Con la participación de anarquistas en el gobierno toda nuestra prensa pasa a convertirse en prensa oficial*».<sup>40</sup> Ambas cuestiones, la militarización y la línea única, determinaron con posterioridad la formación de la Agrupación de Los Amigos de Durruti. Desde septiembre, la dirección de

39 «Es la hora del anarquismo», A. G. Gilabert, *Tierra y Libertad*, 5-12-1936.

40 José Peirats, *De mi paso por la vida*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 2009.

#### XIV. JALONES DE DERROTA

**E**L GIRO DEL ANARQUISMO español hacia el Estado, el patriotismo y el militarismo fue el hecho político más relevante de la guerra civil. La transformación ideológica no era más que el resultado de un proceso de burocratización que culminaba con la servil adhesión del movimiento libertario a los «trece puntos» de Negrín. El divorcio entre las masas de afiliados y los dirigentes de los comités orgánicos, que se había hecho visible en mayo del 37, había dado lugar a la constitución de una capa burocrática separada que controlaba todos los resortes organizativos, con intereses de poder propios, convencida de que su existencia iba ligada al desarrollo no solo del Estado, sino de la contrarrevolución bajo el manto democrático burgués. La CNT y la FAI, dos instrumentos de la revolución forjados por la clase obrera misma, se habían convertido en dos pesadas losas bajo las que una casta cobarde y traidora surgida de su seno estaba sepultando sus sueños de emancipación. Los mecanismos de la democracia obrera habían sido suprimidos con la excusa de la guerra, beneficiando solamente a los buscadores de sinecuras y poltronas. En 1938, los comités tomaban decisiones sin consultar con los sindicatos y los grupos, y los delegados —profesionalizados, arribistas— acudían a los plenos sin conocer siquiera el orden del día, dispuestos a votar cuantas disposiciones resultaran gratas al Gobierno, y a sabotear los acuerdos que la presión de la base militante hubiera conseguido imponer. El pleno nacional del 2 de agosto ratificó la adhesión al Gobierno de Unión Nacional y la alianza con la UGT, santificando la intervención del Estado en todos los ámbitos y silenciando todas las infamias. La burocracia libertaria justificaba la capitulación como una insoslayable decisión táctica: *«Entre la muerte segura y rápida del movimiento bajo el fascismo y el peligro de ver reducida temporalmente la potencia del movimiento por un crecimiento de tendencia auto-*

*ritaria en el campo antifascista, la elección no era difícil*».480 Y mientras el aparato comiteril acumulaba privilegios, sus órganos de propaganda, vigilados de cerca por una implacable censura, voceaban «los grandes deberes del momento»: En el frente, «combatir»; en las fábricas, «trabajar»; y siempre, obedecer las consignas emanadas de los comités superiores. Su incumplimiento podía acarrear graves sanciones. La moral de mando para los de arriba, la disciplina férrea para los de abajo. Llegaba para la elite cómplice el momento de las prebendas, y para los demás, la hora de los sacrificios. Los dirigentes actuaban como enemigos de clase, muchos se dejaban corromper, y dada la presencia de grandes contingentes de fuerzas del orden en la retaguardia, la desobediencia podía resultar muy cara. Los titulares de los periódicos hablaban de victorias, de entusiasmo popular y de adhesión incondicional a Negrín, como si se viviera en una república color de rosa. Sin embargo, la guerra, cruelmente materializada en derrotas, desabastecimiento de toda clase y bombardeos a la población civil, aportaba por contraste el realismo necesario para dudar de las mentiras oficiales. En un ambiente tan kafkiano, no era nada raro que cundiese la fatiga, el asco y la desmoralización.

El PCE había sabido encabezar eficazmente las fuerzas de la contrarrevolución hasta romper la ofensiva revolucionaria y acabar con el predominio del proletariado. En el empeño había logrado eliminar al enemigo ancestral, el POUM, y apartar a Largo Caballero por no prestarse suficientemente a su juego. Luego, había dado un golpe tras otro a la economía colectivizada. Pero al producirse el descalabro de marzo, dichas fuerzas, representando a las clases propietarias, habían comprendido que sus intereses de clase se verían mucho más mermados de prolongarse la guerra. Así pues, vencido el enemigo anarquista y liquidados sus aliados, la burguesía, la pequeña burguesía, el catalanismo y la intelectualidad, se planteaban poner fin a la guerra, prescindiendo si fuera preciso de los comunistas, del Gobierno y del mismísimo régimen republicano. Los intereses defendidos por Chamberlain primaban en su ánimo más que los que defendía Stalin. En consecuencia, el armisticio, cualesquiera que fueran las condiciones que quisiera Franco, era la opción preferible. Ya en mayo empezaron a evidenciarse movimientos, en las Cortes, en las sedes de partido, en los estados mayores, en la Generalitat y en los pasillos ministeriales, tendentes a cuajar una oposición que desplazara o al menos neutralizara a Negrín. Los partidos republicanos, los catalanistas y nacionalistas vascos, las diversas facciones socialistas y ¡la FAI! conspiraban más o menos abiertamente con los jefes militares no estalinistas, que no

---

480 Helmut Rüdiger, *El anarcosindicalismo en la revolución española*, editado por el CN de la CNT, Barcelona, 1938.

eran muchos, puesto que casi el 90 % orbitaban alrededor del PCE. Los confidentes de la Komintern no dudaban en añadir al complot de los «elementos capitulacionistas» a masones, infiltrados trotskistas y dirigentes del PSUC. En julio los comunistas habían parado un envite con una demostración de fervor popular hacia el Gobierno. El 25 de ese mes, empezó la ofensiva del Ebro con el objetivo de detener la que los facciosos emprendían en Levante para apoderarse de Valencia. La crisis se presentó de nuevo el 11 de agosto al llevar Negrín al consejo tres decretos que provocaron la dimisión de los ministros de ERC y PNV. El problema se solventó con el nombramiento de dos nuevos ministros más próximos, pero lo inquietante fue la maniobra realizada con el pretexto de una misteriosa operación de la Quinta Columna, oportunamente descubierta por el SIM. Durante la noche del 14 de agosto, en plena batalla del Ebro, hubo un enorme despliegue policial por toda Cataluña tras un desfile militar de carros de combate del XVII Cuerpo de Ejército al mando del comunista José del Barrio, cuyo objetivo real no era otro que la intimidación de aquellos sectores antinegrinistas dirigidos por Azaña, Besteiro, Prieto, Martínez Barrio y Companys. No obstante, la situación internacional jugaba en contra de la política gubernamental. El 15 de septiembre, tras un discurso apocalíptico de Hitler en Núremberg, Chamberlain viajaba a Berlín para reunirse con el dictador. Los acuerdos a los que llegaron no se hicieron públicos, pero era obvio que tenían que ver con el desmembramiento de Checoslovaquia y la concesión del carácter de beligerante al «gobierno» franquista. Negrín obró en consecuencia y en su discurso ante la Sociedad de las Naciones (21 de septiembre) habló de «paz» y «conciliación nacional», anunciando la retirada de los voluntarios que combatían en las Brigadas Internacionales, algo previsto en el pacto angloitaliano de abril, que entraría en vigor a finales de octubre y que contemplaba también la retirada de las tropas extranjeras que combatían con Franco. Marcharon poco más de 7000 brigadistas, aunque en enero de 1939 todavía quedaban más de cuatrocientos, presos en distintas cárceles. Franco mandó para casa a diez mil italianos de los 40.000 que tenía. Los comunistas, que pedían la proclamación del «estado de guerra» y la supresión de las pocas apariencias de libertad que quedaban, vieron sus planes frustrados ante el temor de Negrín de molestar a las «democracias» y precipitar los planes de los opositores derrotistas. El portavoz de la CNT dirá que *«las normas de una auténtica democracia serán las que determinen todas las actuaciones que la lucha requiera»*.<sup>481</sup> El terreno político, pues, seguía siendo propicio para las conspiraciones.

---

481 Editorial, *Solidaridad Obrera*, 16-10-1938.

No todos los burócratas de la CNT-FAI eran negrinistas. Parte de ellos comulgaba con el «capitulacionismo», no viendo beneficios en subirse al carro de la resistencia, antes bien, tal política comportaba el dominio absoluto del PCE en el ejército, con las sangrientas consecuencias que tenía para los libertarios con o sin galones. Tampoco quedaban a salvo las «conquistas» obreras, a las que el pacto espurio con la UGT ponía a los pies del Estado. El bando derrotista cristalizó en torno a Abad de Santillán y el Comité Peninsular de la FAI y se dio a conocer en agosto con un extenso informe difundido exclusivamente entre altos jefes militares y políticos influyentes de la oposición. En él se denunciaba el efecto pernicioso de la política partidista en la conducta de la guerra, la inútil maquinaria burocrática del Comisariado, el poder de los consejeros rusos en la dirección de la contienda, la atmósfera de sospecha creada en torno a mandos independientes, la ineptitud y cobardía de muchos de los mandos promovidos por razones de partido, el uso de la tortura por el SIM, la picaresca de los cargos políticos por eludir la movilización, etc., y se proponían algunas medidas que no iban más allá de una «democratización del poder público». Nada que no se supiera ya, y que no conmovió a la dirección confederal, que miró para el otro lado y siguió apostando por la montura estalinista. La FAI era un partido estatal y estatista, compuesto principalmente por individuos que ocupaban cargos en las instituciones en tanto que representantes suyos, dirigido por una especie de politburó, el Comité Peninsular. Su trayectoria no podía ser más clara: *«Quizás hemos estado entre los primeros que vimos la guerra resultante de nuestra victoria —repetimos, de nuestra victoria— de julio de 1936 como una guerra de independencia nacional. Y hemos pertenecido a los pocos que sostenían que había que sacrificarlo todo a la guerra, que era esta lo primero a liquidar. Decíamos que no había que hacer la revolución en primer plano, porque restábamos posibilidades a la guerra; después hemos dicho que no había que poner en primer plano la contrarrevolución, si se quería obtener la victoria sobre el mundo fascista...»*.<sup>482</sup> Bien, no se trataba de una organización con fines revolucionarios, sino de una fracción de la burocracia con tácticas enfrentadas al resto, que alardeaba de superioridad moral y lucidez. El C. P. repartió entre los delegados del pleno del Movimiento Libertario que se iba a celebrar en octubre en Barcelona, una memoria en la que se instaba a rectificar posiciones. En ella se insistía en el copo de cargos de los comunistas, en su política de ascensos y destituciones, en sus represalias y asesinatos en el frente, en la corrupción en el ejército, etc., para a continuación exponer la falta del suficiente apoyo económico, militar y diplomáti-

---

482 Diego Abad de Santillán, «La salvación está en nosotros, solo en nosotros», *Solidaridad Obrera*, 15-05-1938.